

Acerca de la Cumbre de Las Américas en Puerto España

Por Pbro. BORIS A. MORENO

Después de la celebración de la primera Cumbre de las Américas, en 1994 en Miami, calificada grandilocuentemente por muchos como la ciudad de las Américas, ya que se ha ido convirtiendo en el puente de relación entre América Latina y el gigante norteamericano, ninguna otra cumbre de ese género había despertado tanta expectación como la recién concluida en Puerto España, capital de la isla caribeña de Trinidad y Tobago. Las razones eran varias: el ascenso a la primera magistratura en Estados Unidos de Barack Obama, según el discurso oficial comprometido a llevar adelante un nuevo tipo de relaciones en el ámbito internacional y de manera particular con sus vecinos de la región latinoamericana; la existencia, en el escenario político del área, de gobiernos de izquierda que, nucleados alrededor de Venezuela, pretenden implementar un proyecto social alternativo conocido como ALBA; la acelerada globalización que ha hecho interdependientes las decisiones nacionales; la actual crisis en el sistema bancario y financiero de los Estados Unidos, que amenaza con desequilibrar el escenario mundial; el peligro de recesión o decrecimiento de la economía mundial; y, no por último menos importante, la inclusión del tema cubano en la agenda de la reunión hemisférica.

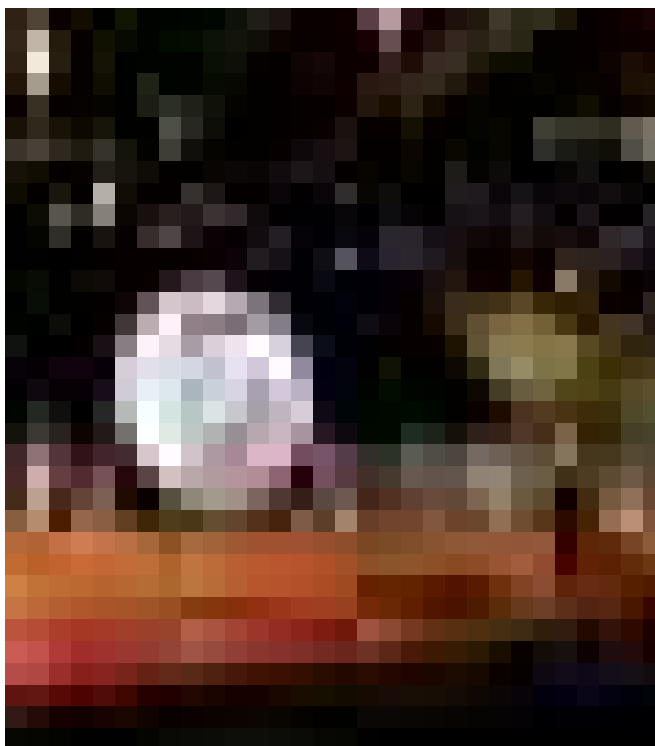
Esta cumbre tenía como tema: "Asegurar el futuro de nuestros ciudadanos promoviendo la prosperidad humana, la seguridad energética y la sostenibilidad ambiental". Pero todo parece indicar que las conversaciones giraron alrededor de la necesidad de un nuevo tipo de relaciones entre Estados Unidos y América Latina y el Caribe, dejando atrás una retórica de enfrentamiento y descalificaciones

que no tiene en cuenta la política real. No obstante, algunos mandatarios persistieron en ese camino y pretendieron deslegitimar a la OEA como instancia institucional que medie el nuevo rumbo que tiene visos de inclusión y amplios horizontes al tender lazos, por ahora tímidos y tentativos, a la excluida Cuba.

Creo que es conveniente recordar que las cumbres surgieron como un intento por parte de la Organización de los Estados Americanos (OEA) de lograr una sinergia que revitalizara las relaciones entre la potencia mundial y sus vecinos caribeños y latinoamericanos, a la vez que ampliada la participación más allá del ámbito de la OEA. Esto se vio no sólo como un signo positivo del recién estrenado presidente Clinton, allá en 1994, sino también como una aceptación de los nuevos aires que han ido conformando la política internacional desde los años 90 con las implicaciones de la globalización, que hasta ha relativizado lo que antes eran consideradas ventajas absolutas de una potencia mundial. De ahí que, contando con la institucionalidad de la OEA, las cumbres han permanecido como una instancia fáctica de encuentro y negociación sobre temas específicos. Es por esto que las conversa-

ciones se realizan a puertas cerradas, para evitar la verborrea extendida y la retórica.

La primera cumbre trató sobre crecimiento y tecnología como puente para conectar las Américas. La segunda, en Santiago de Chile, en 1998, versó sobre crecimiento y gobernabilidad y estableció la llamada Carta Democrática como un signo inequívoco del compromiso institucional de los Estados de la región a favor de la democracia, los derechos humanos y la capacidad de los ciudadanos para llevar adelante en libertad y solidaridad sus proyectos de vida. La tercera cumbre, celebrada en Québec, Canadá, en 2001, se basó en el tema "Derechos humanos, migración y trabajo". La cuarta se realizó en Mar del Plata, Argentina, en 2005, y tuvo como centro la importancia de la agenda social para el desarrollo, con lo cual se tomó cier-



ta distancia del paradigma neoliberal que había descuidado la interrelación entre crecimiento, agenda social y desarrollo y había puesto así en peligro la necesaria gobernabilidad de las naciones.

Además de las cinco cumbres mencionadas se han realizado otras dos cumbres extraordinarias. Una, sobre desarrollo sostenible, en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, en 1996, y la otra en Monterrey, México, en 2004, sobre comercio.

La cumbre trinitaria venía a ocupar un “lugar” llamativo después de la celebración de varias reuniones internacionales de altísimo nivel. Entre ellas tuvieron un destaque especial la cumbre del G-20, en Londres, que debatió sobre la manera de tratar la crisis financiera que, surgida en Estados Unidos, hoy amenaza dañar el esquema financiero mundial, y pone en graves aprietos las economías de muchos países, y el encuentro realizado en Brasil entre un grupo de países emergentes, con economías que exhiben un buen desempeño desde hace varios lustros, y algunos países desarrollados. Esta reunión tuvo como único punto en su agenda el debate de cómo afrontar la crisis y evitar que las economías pierdan el dinamismo mostrado, sin caer en la tentación del proteccionismo.

Esta situación convertía en irrelevantes las resoluciones ya pactadas en las mesas de trabajo con meses de antelación y ponía a la crisis en el centro de la atención, vinculándola con el tipo de relaciones a establecer entre Estados Unidos y sus pares caribeños y latinoamericanos. Pero, ciertamente, las expectativas pre-cumbre se fueron “calentando” con las insistentes declaraciones de varios presidentes latinoamericanos, algunos con una retórica de confrontación y con la amenaza de no participar en el cónclave, para que se tomara nota de la necesidad de incluir a Cuba en el ámbito de la OEA, de la cual fue expulsada a principios de los 60. Este ámbito le es propio a Cuba por su situación geográfica y por contar con relaciones diplomáticas con casi todos los países de la región, lo cual evidencia un nuevo estadio en

las relaciones políticas. Costa Rica y El Salvador eran los dos únicos países latinoamericanos con los cuales la Isla no tenía relaciones diplomáticas. Con el primero fueron restablecidas hace poco y con El Salvador se harán efectivas después de la asunción del nuevo presidente, Mauricio Funes, candidato ganador por el partido político surgido de la guerrilla izquierdista.

La expulsión de Cuba de la OEA se verificó en el marco de la guerra fría y bajo la presión indiscutida del gigante del norte, que veía a la pequeña Isla como un peligro para la estabilidad de un continente que seguía sus dictados al pie de la letra. Esa expulsión se vio justificada por la agresiva implicación cubana en los asuntos internos de muchos países latinoamericanos y su apoyo a distintos movimientos guerrilleros que hacían imposible la estabilidad sociopolítica.

Con el ascenso de las demandas ciudadanas en pro de la democracia, que desestimaban tanto los esquemas de “seguridad nacional” llevados adelante para frenar la amenaza izquierdista de tomar el poder a través de las armas como las propuestas beligerantes de las guerrillas, se fue generando un clima con grandes avatares que hizo posible el compromiso de la izquierda con la institucionalidad y la realización de programas políticos a través de elecciones. A este clima se unió la exigencia de lograr economías capaces de generar riqueza, empleo y tecnología para hacer sostenibles las sociedades en el marco de una dinámica a nivel mundial, que desde los años 80 se fue mostrando altamente interdependiente y que ya en los 90 se definió como de globalización. Esto le puso una barrera a la “inflación” ideológica en el marco político latinoamericano y exigió un mayor pragmatismo.

No cubriríamos totalmente este cuadro si dejáramos de reconocer la gran influencia que tuvieron entonces los acuerdos de las grandes potencias mundiales: Estados Unidos y la Unión Soviética, primero, y la disolución del campo socialista, después, para recomponer un clima distendido en el área latinoamericana. Esa situación

golpeó fortísimamente la capacidad cubana de mantenimiento en todos los órdenes, redujo su caudal de influencia en el área y obligó al país a gastar sus pocas energías en los gastos provocados por una crisis que se ha extendido ya por dos décadas. Hoy no se ha logrado todavía alcanzar los niveles del PIB de 1989, que por demás no fue un buen año en su década. Esta situación ha permitido, sin embargo, cambiar la mirada que se tenía con respecto a Cuba, como si fuera un enemigo o potencial peligro para la estabilidad del área.

Tengamos en cuenta que la política exterior del gobierno cubano, amparada en los programas de colaboración y solidaridad que, con la ayuda del presidente venezolano Hugo Chávez, se han expandido desde finales de los 90, ha ayudado enormemente a este cambio de perspectiva. De ese modo ha querido mostrarse como amiga y colaboradora en el ámbito latinoamericano ante los grandes déficits sociales que enfrentan muchas de esas sociedades. Tales déficits han propiciado el surgimiento de gobiernos de matiz izquierdista, con los cuales el gobierno cubano ha sabido vincularse para generar beneficios compartidos.

De todo este entramado ha surgido la demanda de integrar a Cuba de manera plena en el escenario político de América, marco de colaboración y responsabilidad compartida entre realidades diversas como son el Caribe, América Latina y América del Norte.

Sin lugar a dudas, en la cumbre de Puerto España resaltó el carisma del nuevo presidente norteamericano, quien supo encajar las diatribas que hacen de la historia un obstáculo justificativo para “dinamitar” puentes y no tienen en cuenta los elementos de la política real, con lo cual se pierden oportunidades que nos pueden llevar a cauces favorables para todos. El mandatario norteamericano, además, supo darle al encuentro el tono plural que exigían muchos de sus miembros, se comportó como un presidente más y escuchó a todos con gran corrección y disposición, sin prejuicios establecidos. Así lo demostró en sus inter-



cambios con los presidentes Ortega y Chávez, mandatarios de Nicaragua y Venezuela, respectivamente.

Las declaraciones de los presidentes de Brasil, quien intenta presentarse, sin conseguirlo, como el vocero de una comedia izquierda latinoamericana, Colombia, y México y las del primer ministro de Trinidad y Tobago inducen a pensar que se logró un clima de entendimiento en la cumbre, se ratificó el mandato de la OEA como medio institucional para encauzar decisiones regionales y se espera el reingreso de Cuba en ese foro con su visión propia, pero con la disposición a acoger los principios de la organización. De esta forma, quedaron sin resonancia las voces que pretendían enrarecer el ambiente y deslegitimar las capacidades de la OEA como foro de concertación y toma de decisiones en la región.

No obstante, se adivina el reto que tiene ante sí la OEA para responder a las innumerables exigencias de sus

miembros, que en los últimos años han ido creando otras estructuras de concertación más acordes a sus realidades y límites geográficos. La capacidad de generar un espíritu de sinergia dependerá, según mi opinión, del interés en crear una agenda común que integre los objetivos de Estados Unidos, por un lado, y de América Latina y el Caribe, por el otro. México, Colombia, Brasil y Chile, con una experiencia en este sentido, pueden aportarle mucho a la organización y ayudar a superar ese espíritu de indigencia que coloca a América Latina como un mendigo del Norte, al cual le pide “ayuda con escopeta” mientras genera un sentimiento anti yanqui.

Estados Unidos, gran actor corporativo de la OEA, deberá dar cuenta, por su parte, del difícil ejercicio de ser una potencia en los tiempos procelosos de la globalización. No se debiera olvidar que hoy la definición de potencia pasa por la capacidad de construir un entramado dinámico de

colaboración. A este respecto, el presidente Obama ofreció una muestra de esta capacidad, a la cual se le exigen iniciativas concretas. Afortunadamente, América Latina está dejando de ser el “traspatio” tanto económico como político de Estados Unidos. Ya varios países del área han mostrado su capacidad para diversificar sus relaciones con actores de otros contornos y con espacios regionales de concertación diversos a los suyos, lo cual relativiza la influencia norteamericana.

Esperemos que los resultados de la cumbre en Trinidad y Tobago ayuden a toda el área a encaminarse por un sendero pragmático y respetuoso de la centralidad de la persona humana, sujeto de dignidad, en el camino de la vida, donde unos y otros concierten sus intereses para bien de todos los ciudadanos. Al fin y al cabo, ese fue el deseo de los diversos padres fundadores de las naciones americanas.

